

VÍA CRUCIS EN LA INTIMIDAD

Mons. Dante Bernacki

Señal de la Cruz.
Acto de contrición.

Nos preparamos a acompañar a Jesús y su Madre Dolorosa por el camino de la Cruz. El Calvario, es el lugar del encuentro entre Jesús que quiere salvarnos y todo el pecado de la humanidad. Es el lugar del drama de amor más impresionante de la historia. Y a la vez, es el lugar de la victoria de Cristo sobre Satanás, el pecado y la muerte.

El Gólgota, lugar de muerte, por el Señor, se transforma en un canto a la Vida. Es el testimonio más patente de que el amor y la misericordia, siempre vencen.

PRIMERA ESTACIÓN

Jesús es condenado a muerte.

Jesús nos habla al corazón:
¿Qué haces ahí entre la multitud?
Ellos me condenan, y tú, hijo mío, ¿qué harás?
Quizá ¿me negarás como Pedro?,
o ¿me traicionarás como Judas?,
o ¿me condenarás como Pilato?
Sin embargo, yo te quiero valiente,
¡para eso tienes mi gracia!
Darás testimonio de la Verdad,
si dejas de hacer de tu vida una mentira.

Jesús, te veo negado de todos,
y siento miedo de mostrar que te pertenezco.
Dame la fuerza del Espíritu Santo,
para no dejar que te condenen una vez más.
Deseo ser siempre testigo de tu Luz.

SEGUNDA ESTACIÓN

Jesús carga con la Cruz.

Hijo mío, veo tu rostro de compasión.
Pero, ¿sabes qué?
Quisiera que tu corazón sea compasivo.
Ya sé, buscarás excusarte,
pero cuántas veces hiciste lo mismo.
Mira mi Cruz, pudiendo hacerlo, yo no la rehusé.
Y la llevo sólo por que te amo.
La carga, y el peso me destroza,
pero más me aflige tu alma tibia, indiferente.
No te quedes así, de brazos cruzados,

cuando tantos hermanos míos llevan pesadas cruces.

Jesús, deja que te ayude a llevar tu Cruz.
¿Pero qué digo, si soy débil?
¡Cuántas veces la rechacé en mi vida!
Y, ¡cuántas me sentí desfallecer bajo su peso!
Señor, si tú no me ayudas,
cómo podría cargar yo con el peso de mi culpa?

TERCERA ESTACIÓN

Jesús cae por primera vez.

Mírame por tierra, caído.
Yo, el Todopoderoso, no doy más.
Siento que todo me da vueltas.
El agotamiento me vence, y ¡ya lo ves!,
por ti, sólo por ti, di con mi cuerpo sobre la dura piedra.
Sin embargo, me levanto y continúo.
La misericordia de mi Padre, me da fuerzas para continuar.
Pero, ¿sabes una cosa?,
te vi caer a ti muchas veces y desanimarte.
¿Qué no lo sabías?
Sí yo estaba allí en el momento de la tentación,
y no vacilaste siquiera en caer.
Deja que el peso de mi Cruz, sea tu fuerza.

Jesús, sé el sustento de mi corazón,
en el momento de la tentación.

Si yo cayese, quiero que me ayudes a levantar.
Quiero confiar en tu misericordia.
Sé motivo de esperanza siempre,
que tu debilidad en este momento de tu primera
caída, sea mi fortaleza.

CUARTA ESTACIÓN

Jesús se encuentra con su Madre.

Madre mía, apenas puedo verte,
las lágrimas, enturbian mi mirada,
pero aún así, puedo ver tus lágrimas.
Recuerdo tu cariño,
recuerdo las alegrías compartidas,
añofo tu abrazo siempre tierno.
Y aquí me ves.
Quisiera haberte ahorrado de todo corazón este
dolor,
pero, ¿te acuerdas?,
debo ocuparme de las cosas de mi Padre.
Si Él dice misericordia, yo también lo digo.
Si Él dice sacrificio de amor, yo también lo
hago.
Únete Madre mía a mi dolor,
que tu sola presencia me llena de consuelo.

Jesús, ante la escena de tu encuentro con
María,
dame lágrimas para llorar de amor,
que siempre recurra a Ella en los momentos de
aflicción.
Yo también la quiero, pero llena de fidelidad mi
amor.
Tú me la das por Madre,
y cuántas veces olvido en mi vida esta
delicadeza de tu generosidad.
Que siempre confíe en Ella,
porque sé que la Virgen Dolorosa, será remedio
y camino seguro para llegar a Ti.

QUINTA ESTACIÓN

El Cirineo ayuda a Jesús a llevar la Cruz.

Simón es su nombre, y bien podría ser el tuyo.
Busqué tu rostro, esperando que me ayudaras,
y rehusaste auxiliarme.
¡Cuántas veces, preocupado en tus cosas, me
volviste la espalda!
Pero hoy me duele tremendamente tu cobardía,
tu falta de generosidad.

¿Te acuerdas cuando estabas herido,
y como pastor divino, te cargué sobre mis
hombros?
¡Muchas cruces te ayudé a llevar!,
¿y no te animas a ayudarme a llevar la mía?
Mira a tu alrededor,
¡cuántas veces me has olvidado
siendo indiferente al dolor de tus hermanos!

Jesús, quiero responder a tu Amor,
con mi pobre amor.
Dame la gracia de la fidelidad
para descubrir tu presencia en el que sufre.
Que sepa ayudarte a llevar la Cruz,
en las cruces de tantos corazones afligidos.
No dejes que me enfríe en la caridad.
Dame un poquito de tu amor, para poder
amar a los demás.
También quiero pedirte, Señor,
que me ayudes a llevar dignamente mi cruz
en el camino de la vida.

SEXTA ESTACIÓN

La Verónica limpia el rostro de Jesús.

Verónica, limpiaste mi rostro.
No temiste la amenaza de quienes me
rodeaban.
Tampoco huiste ante el espanto de mis
heridas.
¡Cuánto amor cuando enjugaste mi sudor y
mis lágrimas!
Te dejo a cambio, impreso en el paño, mi faz
dolorida,
e impreso en tu alma mi propio corazón.
¿Ves, hijo mío, la actitud de esta mujer?
Sincera y fiel, pero intrépida cuando se trata
de amar.
¿Quieres que te diga?,
a veces no encuentro esta actitud en muchas
circunstancias de tu vida.
No temas a mi rostro lastimado.
Cura mis heridas, en las llagas de tu prójimo.
Mi amor te urge,
¿qué esperas para dejar que mi rostro se
imprima en ti?

Jesús, verdaderamente tu rostro está
desfigurado.
¿Qué fueron de tu sonrisa y de tus gestos de
compasión?

Tuve miedo, y no me quise acercar.
Disimulé mi vergüenza y mi dolor
para que no se dieran cuenta que te pertenecía.
¡Y esta mujer me viene a dar la lección de la
caridad que todo lo vence!
Dame la valentía de tomar la iniciativa,
cuando mi prójimo me necesite.
Que no espere que me lo pidan.
Graba tu rostro sobre mi corazón,
para que mi alma te pertenezca en todo.

SÉPTIMA ESTACIÓN

Jesús cae por segunda vez.

De nuevo me tienes vencido, caído por tierra.
Una vez más, el amor a mi Padre y a la
humanidad,
me da fuerza para levantarme y continuar mi
camino.

¿Sabes?, muchas veces te vi caído y
desanimado,
y no quisiste levantarte.

Dijiste ¿para qué?, si al fin y al cabo, volveré a
caer.

¿Es que has olvidado que mis caídas
redimieron tus caídas?

¿No recordaste que mi gracia todo lo puede?

¿No bastaba con haber caído, y ahora no te
animas a levantar?

No importa la gravedad de tu culpa,
lo que importa es que ponerte en el camino del
Evangelio,
y arrepentido pidas perdón a mi Padre y
conviertas tu vida.

Jesús, ¡cuánto me avergüenza lo que me dices!,
porque me lo dices con tanto amor,
a mi corazón tibio y mezquino.

Quise ocultarte mi caída,
y me pusiste en evidencia.

Señor, la más oculta de mis culpas,
debo recordarlo siempre,
está ante tus ojos.

Pero no ves mi pecado, sino que ves mi
corazón.

Me cargaste en tus brazos y sanaste mis
heridas,

¿qué espero para entregarte mi corazón?

OCTAVA ESTACIÓN

Jesús consuela a las mujeres de Jerusalén.

Mujer que te lamentas, escucha mis gemidos.
Mi dolor me esclaviza.

Sólo me libera el infinito amor.

Tu dolor de mujer y de madre,

¡cuánto cala en mi alma!

No puedo escuchar tu llanto,
sin acordarme de mi Madre, la Virgen,
que en este momento va entrando
en la angustia insondable de mi pasión.

¿Por qué lloras ahora?

¿No hay trabajo en tu casa?

¿No tienes qué darle de comer a tus hijos?

¿Tienes un hijo enfermo?

¿Alguno de tus hijos se ha descarriado?

¿Lloras la ausencia del hijo que no está?

¡Cuántas cosas quisiera que las dejaras
descansar en mi corazón!

Ven a mí si estás afligida y agobiada,
que yo en mi dolor te aliviaré.

Jesús, me conmueve tu compasión.

Ellas se lamentan por ti, y tú las consuelas.

La fuerza de tus palabras,

vence el paso de los siglos,

y llega en el hoy de tu amor a cada mujer,

y en cada situación.

¡Cuántas madres encuentran en ti la fuerza
para seguir viviendo y luchando!

¡Cuántas mujeres te ven
para que tú derrames en ellas la misericordia
y el perdón!

¡Cuántas madres olvidadas de sus hijos y
enfermas,

ven pasar sus días sin esperanza de un
gesto de cariño,

de afecto de los suyos!

Ten piedad, Señor, de las mujeres y de las
madres,

que si ellas bajan sus brazos en el amor,

¿qué esperanza le puede quedar al mundo?

NOVENA ESTACIÓN

Jesús cae por tercera vez.

El Amor que yo viví desde el Principio, es
trinitario.

El amor que yo quiero mostrarte
con esta tercera caída, ¡también es trinitario!

¡Tres caídas, un solo Amor!
El amor del Padre que quiere perdonarte.
El amor del Espíritu Santo
que quiere derramar en ti la abundancia de la
gracia.

¡Y mi propio amor!
¿Me ves así, lacerado y casi agónico?,
¿y sabes?, en medio del dolor que me causaste
con tu pecado,
te sigo amando.
Sí, así es, nunca dejé de amarte.
Y te amé con amor eterno,
con nuestro amor trinitario.
Es difícil expresar todo esto en palabras,
por eso lo muestro derramando mi sangre por
tí,
que es el supremo gesto para expresarte
¡cuánto te amo!

Jesús, gracias por mostrarme
el manantial amoroso de la misericordia
trinitaria.
Sólo tu amor nos podía mostrar este misterio
derramando hasta la última gota de tu Sangre.
Amor trinitario nos das en la Eucaristía.
Amor trinitario nos muestras en tu pasión y
muerte.
¿Por qué tengo que hacerte esperar más
para entregarme a tu amor?
¿Qué espero para dar el primer paso de mi
conversión?
¡Señor, que mi tiempo no se acabe!,
que tu paciencia me abra las puertas del perdón
y la misericordia,
para que goce la comunión de amor
con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

DÉCIMA ESTACIÓN

Jesús es despojado de sus vestiduras.

¡Aquí me tienes!,
desnudo, y no te lo reprocho.
Lo voy dando todo, incluso mi dignidad moral.
Padezco la humillación más grande,
pero más grande es el impulso del perdón
que siento hacia los que me despojan.
¿Miras hacia otro lado?
Quiero que en este momento vuelvas tu vista
hacia mis heridas.
¡Aquí está el Buen Pastor coronado de espinas!,
¡aquí mis espaldas lastimadas por los azotes!,

¡aquí las marcas de los golpes y moretones!
Y, ¿sabes?, más dolor me causas
cuando cierras tu corazón cuando me ves
desnudo en tu hermano,
y pasas indiferente.
Por ti, soporto el peso de la pasión.

Jesús, no puedo soportar tanta crueldad.
Aquí me tienes, en la desnudez de mi
corazón.
Tus heridas son las del Inocente que sufre.
Las mías son las del pecado.
Dios de misericordia, perdóname.
Luz del mundo, sácame de las tinieblas.
Buen Pastor, cárgame sobre tus hombros,
necesito volver a tu rebaño.
Tú que eres el manantial de la vida,
no dejes que me hunda en las sombras de la
muerte.
Nada te puedo ocultar, Señor.
Te pido que me des la fuerza
en los momentos más dramáticos de mi
despojo,
no quiero ser indiferente a tu amor.
¡Cambia mi vida Jesús!

DÉCIMA PRIMERA ESTACIÓN

Jesús es crucificado.

"Seré levantado sobre la tierra, y atraeré a
todos hacia mí".
¿Te acuerdas de estas palabras?
Antes eran anuncio, ahora son mi pura
realidad.
Atraviesan mis manos y mis pies,
y desde entonces, así estoy, esperándote.
¿Cuánto tiempo más me seguirás teniendo
así?
¿Sabes?, mi deseo es abrazarte,
y ¡no te espantes!
Tengo sed en esta hora de la agonía,
pero es sed de tu alma.
Quisiera derramar en ti
la inmensidad de la misericordia.
Me levantan sobre la tierra,
para que puedas verme.
Mi Padre te quiso dar este testimonio de su
amor.

Mi divinidad se entrega a ti,

para que puedas elevarte de tu condición hacia Dios.

Mi humanidad se entrega a Dios,
para que el Padre pueda verte siempre,
de ahora en más bajo el signo del perdón.

Jesús, haz de mi corazón un altar donde te ofrezcas al Padre.

Haz de mi vida un cristal a través del cual te muestres a los demás.

Haz de mis manos herramientas para construir la paz que tú quieres.

Haz de mi boca un instrumento
para proclamar a los cuatro vientos
la alabanza a tu divina misericordia.

Reconozco en tu Santísima humanidad
traspasada

el signo supremo del perdón del Padre.

Quiero hacer delante de ti mi profesión de fe:

"Creo, Señor, que eres mi Salvador".

DÉCIMA SEGUNDA ESTACIÓN

Jesús muere en la Cruz.

Te invito para que permanezcas en mi Calvario.

Aquí me tienes, crucificado entre dos ladrones.

Uno me acaba de robar el Paraíso.

Las horas son angustiantes.

El tiempo se acaba,

y pedí al Padre que perdonara a mis verdugos.

Ya te lo he dado todo,

me queda en la agonía,

un poco de vida y mi Madre.

El Padre me urge, a María te la doy por Madre,

mira que es lo más querido que tengo en la tierra.

Ahora entrego mi espíritu.

¡Todo se ha cumplido!

El amor trinitario se rompe como un dique,

para derramar el amor infinito sobre la tierra.

Satanás, el pecado y la muerte han sido vencidos.

Mi obediencia borra la desobediencia de Adán.

Ya me contemplas muerto, y te sigo hablando,

porque además de Dios, soy tu amigo.

Ya mi Madre es tuya.

Por su fidelidad, María es la Nueva Eva.

Déjate guiar por Ella.

Jesús, en silencio contemplo el trágico desenlace del Gólgota.

La humanidad pecadora,
misteriosamente acude a la cita de la misericordia divina.

Quiero Señor, estar junto a Ti en este momento.

La oscuridad cubrió toda la tierra,
pero una luz se enciende en el monte, la luz de tu perdón.

Señor, que no cierre mi corazón a tu gracia.

Que te ame por sobre todas las cosas.

Haz que beba incesantemente, como una cierva sedienta,

de la fuente redentora de tu corazón traspasado.

DÉCIMA TERCERA ESTACIÓN

El cuerpo de Jesús es bajado de la Cruz.

Soy la Madre de Dolores.

Me viste entre la multitud.

Allí, el encuentro con mi Jesús, desgarró mi corazón.

Vi que te escondías entre la gente.

No te animaste a dar la cara por él.

Ahora puedes contemplar sobre mi regazo su cuerpo torturado.

Mira la llaga de su corazón traspasado.

¡Hijo mío, cuánto amaste!

En toda la tierra y en toda la historia,
no habrá amor como el tuyo, ¡ni dolor como el tuyo!

Contemplando su cuerpo,

te invito a que contemples si hay dolor más grande que mi dolor.

Soy la Madre de la Santa Esperanza.

Soy la Madre de la Soledad.

Siento en mi corazón la herida profunda

de la espada anunciada por Simeón.

Jesús, me dio como Madre tuya,

ahora de tu parte está que seas mi hijo.

Te aprieto contra mi pecho,

como aprieto el cuerpo querido de mi Hijo en este momento.

Madre mía, quiero decirte en este momento que te amo.

¡Tanto te hice sufrir!

Cuando te veo, tan frágil,

me pregunto por qué pude ser tan cruel contigo.

Pero si contemplo tu fortaleza,

me animo a dejarme apretar contra tu corazón
que sólo destila misericordia y perdón.
Derrama sobre mí tu ternura materna.
Sana con tu cariño las heridas de mi alma.
Llévame a Jesús.
Quiero unir mis pobres fuerzas al ímpetu de tu
amor.
Quiero unir mi pobre fe a la luz que ilumina tu
corazón
aún en medio del dolor más grande.
Haz que tu caridad encienda mi alma
con el fuego del Amor que no se apaga.
¡Madre de la Piedad, ruega por toda la
humanidad sufriente!

DÉCIMA CUARTA ESTACIÓN

El cuerpo de Jesús recibe sepultura.

Hijo mío, dejo tus despojos en una tumba.
La piedra fría, encierra como un relicario tu
sagrado cuerpo.
Y allí quedan mis ilusiones y recuerdos.
Mi esperanza no decayó en ningún momento,
mi corazón queda junto a ti velando.
Entrégame tu amor inmolado, yo te doy mi alma
traspasada.
Asumo en mi dolor, el dolor de todas las
madres,
Especialmente de aquellas que tuvieron que
pasar por la experiencia desgarradora,
de tener que depositar el último beso sobre la
frente de un hijo difunto.
Sólo las madres que pasamos por esta realidad,
sabemos cuánto dolor albergamos en esos
momentos de angustia.

Pero quiero decirle a todas mis hijas, las
madres,
que después de la noche,
siempre despunta la aurora de un nuevo día,
el día de la resurrección.

María de los Dolores, María de la Soledad,
quiero hacer frente a tu presencia, mi profesión
de fe:
"Creo en la resurrección de los muertos y en la
vida eterna",
porque creo firmemente que Jesús "es la
Resurrección y la Vida".
Creo en la comunión de amor eterna que es el
cielo,

con la Santísima Trinidad,
contigo y con todos los santos y ángeles.
Virgen querida, te pido por todas las madres,
para que por tu intercesión, sean bendecidas
por Jesús.
Que en ti tengan siempre su consuelo y
amparo
María, Madre de todas las madres,
ruega siempre por ellas y por toda la Iglesia.

PARA TERMINAR:

Hijo mío, me has acompañado en este
camino de mi dolor.
Si abres tu corazón,
yo voy a hacer llegar sobre ti la fuerza de mi
gracia.
Quise decirte en este trayecto,
¡cuánto te amo!
Con palabras no bastaba, te lo dije con mi
Sangre derramada.
No te quedes con buenos propósitos sin
cumplir,
haz que mi Evangelio sea vida en ti.
Mi corazón resucitado, estará siempre cerca
de ti,
aunque muchas veces sean las que me
olvides.
En mí siempre tendrás un amigo fiel y seguro,
te lo expreso con todo el amor que embarga
mi ser,
cuando te contemplo misericordiosamente.
Te propongo un intercambio,
¡dame tu corazón, que yo te doy el mío!

